



La ciudad en la historia

Sus orígenes, transformaciones y perspectivas

Lewis Mumford

En *La ciudad en la historia* Lewis Mumford arranca de una interpretación radicalmente innovadora sobre el origen y la naturaleza de la ciudad, y sigue su evolución en Egipto y Mesopotamia pasando por Grecia, Roma y la Edad Media hasta llegar al mundo moderno. En lugar de aceptar que el destino de la ciudad sea la tendencia a la congestión metropolitana, la expansión descontrolada de los suburbios y la desintegración social, Mumford esboza un orden que integre las instalaciones técnicas con las necesidades biológicas y las normas sociales. Tan convincente como exhaustiva, esta obra de Mumford «es mucho más que el estudio de la cultura urbana a lo largo de los siglos, es una revitalización de las civilizaciones» (*Kirkuk Reviews*).

Este libro, que nunca antes se había editado en España, fue reconocido como una obra excepcional desde el momento de su publicación en 1961 y fue ampliamente laureado y galardonado con diversos premios, entre ellos el National Book Award de 1962. Es un libro fundamental, una de las obras más importantes del siglo XX.

Índice

CAPÍTULO I

Santuario, aldea y fortaleza

CAPÍTULO II

La cristalización de la ciudad

CAPÍTULO III

Formas y pautas ancestrales

CAPÍTULO IV

La naturaleza de la ciudad antigua

CAPÍTULO V

Surgimiento de la *polis*

CAPÍTULO VI

Ciudadano frente a ciudad ideal

CAPÍTULO VII

Absolutismo helenístico y vida urbana

CAPÍTULO VIII

De Megalópolis a Necrópolis

CAPÍTULO IX

Claustro y comunidad

CAPÍTULO X

El orden doméstico en la ciudad medieval

CAPÍTULO XI

Quebrantos medievales y anticipos de la vida moderna

CAPÍTULO XII

La estructura del poder barroco

CAPÍTULO XIII

Corte, desfile y capital

CAPÍTULO XIV

Expansión comercial y disolución urbana

CAPÍTULO XV

Paraíso paleotécnico: Coketown

CAPÍTULO XVI

Suburbios... y más allá

CAPÍTULO XVII

El mito de Megalópolis

CAPÍTULO XVIII

Visión retrospectiva y perspectiva

Láminas

Bibliografía

Agradecimientos

Índice onomástico

Índice de localidades.

Notas

ESTE LIBRO COMIENZA con una ciudad que era, simbólicamente, un mundo; termina con un mundo que se ha convertido, en muchos aspectos prácticos, en una ciudad. Al seguir esta evolución he procurado ocuparme de las formas y funciones de la ciudad, así como de los propósitos que han surgido de ella; y confío haber demostrado que la ciudad tendrá que desempeñar en el futuro un papel todavía más significativo que en el pasado, si llega a despojarse de los defectos de origen que la han acompañado en el curso de la historia.

Como en todos mis otros estudios sobre la ciudad, me he limitado, en la medida de lo posible, a ciudades y regiones que conozco de primera mano, y a datos que he analizado durante largo tiempo. Esto me ha obligado a limitarme a la civilización occidental e incluso, dentro de ella, me he visto en la necesidad de pasar por alto regiones relevantes: España y América Latina, Palestina, Europa oriental y la Unión Soviética. Deploro estas omisiones; pero como mi método requiere la experiencia y la observación directas, que no pueden sustituirse con libros, me llevaría otra vida realizarlas.

La ciudad en la historia remplaza, dicho sea de paso, las limitadas secciones históricas de *La cultura de las ciudades*: partes de los cuatro, primeros capítulos se encuentran ahora integradas en los dieciocho de la presente obra, que la supera en extensión más de dos veces. Si de vez en cuando el lector tropieza con un fragmento en ruinas de aquel edificio más antiguo, preservado bajo un edificio completamente diferente, como un fragmento de las murallas servianas de Roma, no me atribuya excesiva

piedad. Solo he conservado aquello que no he tenido bastante destreza para mejorar o recursos suficientes para ampliar. El material así preservado tiene por objeto dar al libro una continuidad orgánica y una solidez que tal vez le habrían faltado si hubiera pasado por alto la anterior estructura y si, cual un especulador del suelo, hubiera aplinado todo el terreno. En esto se refleja, con eficacia simbólica, el crecimiento histórico de la propia ciudad.

L. M.
Amenia, Nueva York^[1]

CAPÍTULO I

Santuario, aldea y fortaleza

1. LA CIUDAD EN LA HISTORIA

¿Qué es la ciudad? ¿Cómo surgió? ¿Qué procesos promueve, qué funciones desempeña, qué propósitos cumple? No hay definición única que se aplique a todas sus manifestaciones y una sola descripción no puede abarcar todas sus transformaciones, desde el núcleo social embrionario hasta las formas complejas de su madurez y la desintegración corporal de su senectud. Los orígenes de la ciudad son oscuros, gran parte de su pasado está enterrado o borrado de modo tal que resulta irrecuperable y es difícil apreciar sus perspectivas en el futuro.

¿Desaparecerá la ciudad o el planeta entero se convertirá en una vasta colmena humana (lo que sería otro modo de desaparición)? Las necesidades y los deseos que han movido a los hombres a vivir en ciudades ¿pueden recuperar, en un nivel aún más elevado, todo lo que Jerusalén, Atenas o Florencia otrora parecieron prometer? ¿Hay una opción viva a mitad de camino entre Necrópolis y Utopía, es decir, la posibilidad de edificar un tipo nuevo de ciudad que, liberada de contradicciones internas, enriquezca positivamente y promueva el desarrollo humano?

Si queremos sentar unas bases nuevas para la vida humana debemos comprender la naturaleza histórica de la ciudad y distinguir, entre sus funciones originales, las que han surgido de ella y las que aún pueden manifestarse. Sin un prolongado empujón en la historia no llegaremos a tener el ímpetu necesario, en nuestra conciencia, para dar un salto lo suficientemente atrevido hacia el futuro; pues gran parte de nuestros planes actuales, sin excluir muchos que se vanaglorian de ser «avanzados» o «progresistas»,

son monótonas caricaturas mecánicas de las formas urbanas y regionales que se hallan hoy potencialmente a nuestro alcance.

Puesto que ha llevado más de cinco mil años llegar a lo que solo es una comprensión parcial de la naturaleza y el drama de la ciudad, tal vez requiera un lapso aún más largo la empresa de agotar su potencial todavía no realizado. En la aurora de la historia la ciudad es ya una forma madura. En nuestro intento por llegar a una visión mejor del estado actual de la ciudad debemos otear por encima del horizonte histórico a fin de detectar las tenues huellas de estructuras anteriores y de funciones más primitivas. Tal es nuestra primera tarea. Pero no abandonaremos esta pista hasta que no la hayamos seguido, con todos sus recodos y retrocesos, a través de cinco mil años de historia escrita, hacia el futuro que despunta.

Cuando por fin lleguemos a nuestra época, comprobaremos que la sociedad urbana ha llegado a un punto en que los caminos se separan. Entonces, con una conciencia más aguda de nuestro pasado y con una comprensión más nítida de decisiones tomadas largo tiempo atrás, y que a menudo nos rigen todavía, estaremos en condiciones de examinar la disyuntiva que ahora enfrenta al hombre y que, de uno u otro modo, en última instancia lo transformará, a saber, la de si se consagrará al desarrollo de su propia humanidad más profunda o bien si se rendirá a las fuerzas ya casi automáticas que él mismo ha puesto en marcha, cediendo el lugar a su otro yo deshumanizado: el «hombre posthistórico». Esta segunda opción llevaría aparejada una paulatina pérdida de sentimientos, de emoción, de audacia creadora y, por último, de conciencia.

Muchas ciudades, muchas instituciones educativas y organizaciones políticas existentes han aprisionado ya al hombre posthistórico. Esta obediente criatura no tendrá necesidad de la ciudad: lo que alguna vez fue una ciudad

se reducirá a las dimensiones de un centro subterráneo de control, pues, en beneficio del control y del automatismo, todos los demás atributos de la vida serán revocados. Antes de que la mayoría de la humanidad derive hacia la aceptación de esta perspectiva, atraída por mezquinas promesas de «goce neumático» que echan una cortina de humo sobre la amenaza global, no estará de más echar nuevamente un vistazo al desarrollo histórico del hombre, según lo ha configurado y moldeado la ciudad. Con el fin de alcanzar la suficiente perspectiva en cuanto a las tareas urgentes del momento, me propongo remontarme a los comienzos de la ciudad. Necesitamos una nueva imagen del orden, que incluya lo orgánico y lo personal, y que llegue a abarcar todos los oficios y funciones del ser humano. Solo si podemos proyectar dicha imagen estaremos en condiciones de hallar una nueva forma para la ciudad.

2. DICTADOS Y PREFIGURACIONES ANIMALES

En pos de los orígenes de la ciudad resulta muy difícil resistir la tentación de buscar solamente sus restos físicos. Pero ocurre lo mismo que con la imagen del hombre primitivo cuando concentramos nuestra atención en sus huesos y sus fragmentos de cerámica, sus herramientas y sus armas, no haciendo justicia a invenciones como el lenguaje y el ritual que han dejado, en el mejor de los casos, pocas huellas materiales. Antes de que surgiera algo que podamos reconocer como una ciudad, ciertas funciones de ella acaso ya se cumplían, ciertos propósitos suyos acaso se satisfacían ya, y algunos de los solares aprovechados más tarde acaso ya habían sido momentáneamente ocupados.

Si solo nos preocupa encontrar estructuras permanentes apiñadas detrás de una muralla, eludimos por completo lo concerniente a la naturaleza de la ciudad. Sostengo que para acercarnos a los orígenes de la ciudad debemos

completar la labor del arqueólogo que trata de dar con la capa más profunda en que se pueda reconocer el vago trazado que indique un orden urbano. Para identificar a la ciudad debemos seguir la huella hacia atrás, desde las más cabales estructuras y funciones urbanas conocidas hasta sus componentes originales, por muy remotos que estén en el tiempo, el espacio y la cultura de los primeros *tells* que se hayan excavado. Antes de la ciudad estuvieron el caserío, el santuario y la aldea; antes de la aldea, el campamento, el escondrijo, la caverna y el montículo; y antes de todo esto ya existía la tendencia a la vida social que el hombre comparte claramente con muchas otras especies animales.

La vida humana se mueve entre dos polos: movimiento y asentamiento. Es posible remontar la oposición entre estas dos modalidades a la ruptura inicial entre los protozoos capaces de moverse con mucha más libertad, que formaron el reino animal, y los organismos relativamente sésiles que pertenecen al reino vegetal. Los primeros, como en el caso de las ostras, a veces se adaptan excesivamente a una posición fija y pierden la capacidad de movimiento; en tanto que muchas plantas se liberan, hasta cierto punto, a través de raíces subterráneas prolongadas y, sobre todo, mediante la separación y la migración de las semillas. En cada una de las escalas de la vida se cambia movilidad por seguridad o, a la inversa, inmovilidad por riesgo. Sin lugar a dudas, existe en muchas especies animales cierta tendencia a establecerse en un punto determinado y descansar, a volver a un lugar privilegiado que brinda abrigo o buen alimento; y, según ha sugerido Carl O. Sauer, tal vez constituye un rasgo humano básico la propensión a almacenar y asentarse.

Pero otras contribuciones aún más importantes a la estabilidad y a la continuidad proceden de nuestro pasado animal. Muchas son las criaturas, incluso entre los peces, que viven juntas en manadas y cardúmenes para procrear

y criar su descendencia. En el caso de los pájaros se da, a veces, el apego a un mismo nido, estación tras estación, y en las especies rebañegas existe el hábito del establecimiento comunal en la época de cría en zonas protegidas, como pueden ser islas y marjales. El cruce en grupos más grandes, que proceden de diversas extracciones, introduce posibilidades de variación genética que faltan en los pequeños grupos humanos sin mezcla. Estas tierras de cría y alimentación son prototipos obvios de la clase más primitiva de asentamiento humano permanente: el caserío o la aldea. Uno de los aspectos de la población primitiva, su sentido del aislamiento defensivo –junto con su pretensión de «territorialidad», como la que se encuentra entre las aves–, tiene este largo proemio en la evolución animal.

Incluso la complejidad técnica de la población humana no carece de precedentes zoológicos. En ciertas especies, particularmente en los castores, la colonización determina una remodelación deliberada del medio ambiente: tala de árboles, construcción de represas, edificación de pabellones. Estas operaciones de ingeniería transforman una congregación familiar cerrada en una asociación menos rígida de gran número de familias que colaboran en tareas comunes y mejoran el hábitat común. Por más que la colonia de castores carece de muchos de los atributos de un pueblo, ya está cerca de esas primitivas aldeas que también ejecutaban proezas de ingeniería hidráulica.

Pese a ello, lo que más se aproxima a un centro comunal de vida entre los demás animales dista mucho de la comunidad urbana más rudimentaria. Más bien puede encontrarse el fenómeno más próximo tanto a la «vida civilizada» como a la ciudad, cuando se sigue una línea evolutiva completamente diferente, representada por los insectos sociales. Las funciones sociales de la colmena, la termitera y el hormiguero –estructuras que a menudo tienen un tamaño imponente y están trabajadas con destreza– tienen, a decir verdad, tantas semejanzas con las de la ciu-

dad que dejaré de lado otras observaciones al respecto hasta que nos encontremos en presencia de esta última. Incluso la división del trabajo, la diferenciación de castas, la práctica de la guerra, la institución de la realeza, la domesticación de otras especies y el empleo de la esclavitud existían en ciertos «imperios de hormigas», millones de años antes de que se congregaran en la ciudad antigua. Pero obsérvese: aquí no es posible hablar de continuidad biológica. Más bien constituye esto un ejemplo de paralelismo y convergencia.

3. CEMENTERIOS Y SANTUARIOS

En el desarrollo de las instalaciones humanas permanentes encontramos una expresión de necesidades animales que es semejante a las de otras especies sociales; pero hasta los más primitivos comienzos urbanos revelan algo más. Poco después de descubrirse la huella del hombre en los residuos de la más antigua fogata o en el instrumento de sílex tallado se tiene prueba de intereses y angustias que carecen de equivalente entre los animales; en particular, una preocupación ceremonial por los muertos, que se manifiesta en su entierro deliberado, y con pruebas crecientes de piadosa aprensión y terror.

El respeto del hombre primitivo ante los muertos, en sí mismo muestra de fascinación por sus vigorosas imágenes de la fantasía diurna y del sueño nocturno, desempeña tal vez un papel más importante que otras necesidades más prácticas a la hora de impulsarlo a buscar un lugar fijo de reunión y, más adelante, un asentamiento estable. En el penoso vagabundeo del hombre paleolítico, los muertos fueron los primeros que contaron con una morada permanente: en una caverna, en un montículo señalado por unas cuantas piedras o bien en un túmulo colectivo. Se trataba de mojones a los que probablemente los vivos volvían a intervalos, para comunicarse con los espíritus menestrales

o para aplacarlos. Aunque la recolección de alimentos y la caza no fomentan la ocupación permanente de un solo lugar, los muertos, al menos, exigen ese privilegio. Hace mucho que los judíos reclamaron como patrimonio suyo la tierra donde estaban situadas las tumbas de sus antepasados; y esa reivindicación bien fundada parece ser de carácter primordial. La ciudad de los muertos es anterior a la ciudad de los vivos. A decir verdad, en un sentido la ciudad de los muertos es la precursora, y casi el núcleo, de toda ciudad viva. La vida urbana cubre el espacio histórico que se extiende entre el más rudimentario cementerio del hombre de la aurora y el cementerio final, la necrópolis, en que una civilización tras otra han encontrado su fin.

En todo esto hay matices irónicos. Lo primero que saludaba al viajero que se acercaba a una ciudad griega o romana era la hilera de sepulturas y tumbas que bordeaba el camino a la ciudad. En cuanto a Egipto, la mayor parte de lo que queda de esa gran civilización, con su jubilosa saturación de toda expresión de vida orgánica, son sus templos y tumbas. Hasta en la congestionada ciudad moderna, el primer éxodo general a una morada más deseable consistió en la migración de los muertos al Elíseo romántico de un cementerio suburbano.

Pero queda todavía otra parte del medio ambiente que el hombre paleolítico no se limitó a usar, sino que a ella volvía periódicamente: la caverna. Abundan las pruebas, en todas partes del mundo, de la ocupación o visita prehistórica de las cavernas. Por ejemplo, en las cavernas de piedra caliza situadas en la Dordoña, Francia, las sucesivas ocupaciones por parte del hombre primitivo pueden ser rastreadas en capas, puesto que la erosión de la roca ha hecho descender el lecho del río, levantando viejos abrigos y dejando al descubierto nuevas plataformas ubicadas más abajo. Pero más importante que su uso con fines domésticos fue la función que desempeñó la caverna en el arte y en el ritual. Si bien cavernas como las de Las-

caux y Altamira no estuvieron habitadas, parece que fueron centros rituales de una u otra clase, del mismo modo que Nippur o Abidos. Todavía en el siglo IV a.C. se encuentra la representación gravada de una caverna dedicada a las ninfas y que muestra las figuras de Hermes y Pan, procediendo este grabado de la gruta de las Ninfas, en el monte Pentélico.

En los recodos interiores de estos centros rituales especiales, a los que, por lo común, se llega por pasajes de poca altura, lo que exige avanzar a gatas, tortuosamente y a menudo con peligro, se encuentran grandes cámaras naturales, cubiertas por pinturas de una asombrosa vivacidad de forma y de gran soltura en el trazo, que por lo general son representaciones delicadamente realistas de animales y, alguna que otra vez, de hombres y mujeres muy idealizados y estilizados. En algunos lugares, este arte ostenta una maestría estética a la que solo se vuelve a llegar en los templos y palacios de un periodo más de quince mil años posterior. Si, como algunos sostienen, el diseño estético solo era un subproducto incidental de la magia, ¿acaso no ejerció una particular magia propia que hizo que los hombres volvieran al escenario de esta primera expresión triunfante?

Estas prácticas, incluso en su forma más primitiva, sobrevivieron a su propio periodo y consiguieron introducirse en la ciudad, fenómeno ulterior. Un dibujo paleolítico en la gruta de Trois Frères, en Ariège, representa un hombre cubierto con una piel de ciervo y con astas en la cabeza, seguramente un hechicero; mientras que un grabado sobre hueso, que data del mismo periodo y fue encontrado en una caverna de Inglaterra, muestra un hombre cuyo rostro está cubierto por una cabeza de caballo. Ahora bien, según Christina Hole, todavía en el siglo VII de nuestra era las calendas de enero eran observadas por hombres cubiertos con pieles y cabezas de animales, que corrían dando saltos y haciendo cabriolas. Esta costumbre